

CRÓNICA DE UNA NECESIDAD

¿Cuál fue el origen del problema? No había que indagar tan de prisa. Más bien podríamos ver las cosas de otra manera, empezar por los efectos más evidentes y de ahí ir hacia atrás, con cautela, desechando lo inservible. La depuración, sin embargo, nos daría un indicio nebuloso, poco menos atinado que incierto. Entonces despejar, liberar ¿cómo?

Ésta era una calle de un fraccionamiento. Casas iguales todas, en serie, de gusto cumplidor, funcional. A la mitad de la cuadra se efectuaba una fiesta bullanguera, resonante al doble por la estrechez del espacio cerrado. Lo paradójico era que en la casa contigua, a la derecha, se efectuaba un funeral, uno (inevitable) donde había una buena cifra de visitantes tristísimos, mismos que no cabían en la salita-comedor, la cocinita, el portalito, esa planta baja tan apenas. De modo que muchos tenían que colocarse en la calle, rezar el rosario al aire libre, equidistantes: asunto que amenazaba con vencerse, que no se hiciera con la debida seriedad, porque curiosamente en la otra casa tampoco cabían los bailadores. O sea: bailar afuera, ¡ni modo!, confundirse con los rezadores penosos. Lo negro a fin de cuentas fue

esto: hubo dos vaciladores, dos fulanos que no rezaban bien porque la música los contagiaba... Ese florecimiento accidental... Aquello pasó pronto, como a las ocho de la noche, siendo lo mencionado el principal efecto del problema.

Movimientos medrosos de pies: ni tantos ni pocos. Se sobrentiende el disgusto naciente, sobre todo de aquellos que sí rezaban con absoluto respeto, en especial las señoras. Es que las mujeres cuando asumen algo lo hacen a fondo, con toda el alma; en cambio los hombres son más relajados, de criterio indulgente, son demócratas, respetuosos a medias, la hipocresía es el símbolo señero de la civilidad. Dicho lo anterior, prosigamos con lo de la necesidad: tenemos que decir que la música era dominante. Sonaba un merengue dominicano. El ritmo tenía a los bailadores como locos y, como se dijo, dos de los rezadores mascullaban sus padrenuestros y sus avemarías llevando el ritmo con balanceo de cintura y zapateo leve. Cosa cuerda, eso sí.

Poco después sobrevino el descaro: de plano los vaciladores le dieron vuelo a la hilacha. Pero dejemos a estos sujetos actuando así para referirnos ahora a un imitador, uno que en principio bailaba con demasiados aspavientos y de pronto empezó a rezar (tenía buena madera de burlón), tarareaba al buen tuntún las oraciones. Hay que imaginar los dos últimos misterios del rosario rezados a ritmo de merengue. Tres eran, ¡tres nada más! Luego apareció la indignación, tenía que ser. Hubo reproches discretos, aislados. Las señoras no soportaban lo visto de refilón. Una de ellas propuso que los rezadores se metieran al espacio del funeral y los bailadores al de la fiesta. Obediencia pausada, pero el retaco en ambas casas..., imposible la cabida. Los vaciladores se quedaron allá afuera haciendo lo ya dicho, todavía continuaba su habilidad. Se reitera: fue imposible el retaco, que trataron pues sí trataron, pero cuéntense los empujo-

nes, el peligro de que fuese derribado el féretro, los cirios al suelo y el fuego de inmediato: con su desarrollo. Incendio concluyente ¿tal vez? Esa consecuencia ¡nunca!: y: alguien tuvo la inteligencia de frenar lo que se antojaba que sucedería, sin más. Entonces otra vez la gente a la calle. Esas casas contaban con un jardín frontal demasiado simbólico, deducción: nadie allí rezando, pues. De manera parecida ocurrió en la casa de la fiesta. Si se amontonaba la gente, nadie podría bailar a sus anchas. La apretura sería exasperante. Podría el alud humano derribar el aparato de sonido, las bocinas, las botanas que estaban puestas en recipientes de vidrio y sobre cuatro mesitas esparcidas; o sea: ¡ni por error el embutido humano!, es que poco a poco empezarían los sudores, la molestia, la pestilencia, los insultos inevitables, por lo cual: la calle pavimentada se convertía a fuerzas en el mejor espacio para bailar bien.

Aquí está el efecto en todo lo que cabe: bailar-rezar, más, más. Ahora vamos hacia atrás, un tanto –¡claro!–, para regresar con más empaque. Los moradores de esas casas (casi pegadas) no se llevaban bien. Años de ojeriza, por la razón que fuera. Desde siempre el no saludo, sino los gestos de fastidio casi de perfil, muy rara vez de frente. Ni un «buenos días» ni nada por el estilo. Tampoco, durante más de diez años, existió entre ellos una discusión gritona. No obstante, sí de verdad nos interesa indagar acerca de la causa de esta antipatía, bueno, pues no hay ninguna evidencia, aunque, tras buscarle y buscarle, brotaron fruslerías por doquier y –ahora sí– el único argumento de peso ha estribado en que una familia era (y seguiría siendo) bien fea y la otra bien bonita. Razón, pues, para estudio. Por desgracia, al paso del tiempo ¿qué decir?, en fin, digámoslo así: lo feo empeoró y lo bonito no tuvo reajuste. Eso es todo, pero no es suficiente, no, porque además de la gesticulación grosera

y siempre en ladeo nunca hubo enfrentamientos: insultos: nada; puñetazos: nada..., sólo que, pensándolo más despacio, a ver: el-origen-del-problema... Ah, sí, hacía apenas un mes hubo un saludo: la señorona de la familia fea se vistió elegantísima, iba a una reunión de gente adinerada: asunto de cortesanía, las indispensables e infalibles relaciones públicas, lo importantísimo, ESO, LO DE VERDAD TAN, de suyo, se acomodó con justeza un vestido morado que echaba chispas (de arriba abajo) tanteadoras, por lo que al notar aquello tan sin igual la señorona de la familia bonita se quedó absolutamente paralizada y sin más peló sus ojos, por ende, tenía que surgir lo subconsciente: lo más fácil:

—Hola, ¿adónde va usted echando tiros?

La fea interpretó mal el mentado requiebro estéril.

—Voy a donde a usted no le importa.

—¡Qué verdulera!, ¡qué deslenguada!, debería agradecer la galantería.

—Más bien usted debió ahorrarse esa frase. ¿Qué le importa lo mío?

—Es que me doy cuenta que usted ya no está tan fea como antes. Digo, me sorprende.

—¡Alto! Ya no quiero sus palabras.

Y ni una palabra más, pero si observamos, ahí estuvo el quid de lo que surgió después: el descarado lucidor —¡sí!—, aunque de otra manera. Lo oculto que se filtra para al cabo producir una mixtura. Lo que se recubre como un regalo cuya falsedad se habrá de revelar muy sin querer. Veámoslo, entonces, por otro lado: se había muerto el señor mantenedor de la familia fea. Un ataque cardíaco, algo como un rayo y ¡ya!, insólito por su tamaño, porque no había existido durante los últimos seis meses antes algún síntoma anunciador de lo que iba a pasar. El señor estaba sano, ergo: como si nada, y lo manifiesto se redondeó de modo pavo-

roso, como si fuese un designio venido del más allá que le secreteara al señor en el oído, con voz atiplada: *Hagas lo que hagas, te llegó la hora*. Ese supuesto infortunio ocurrió unos minutos después de las doce del día. La familia fea estaba conformada por la señora (la que se vistió de morado): quien era madre de dos hijas y un varón, mismos que vivían allí en aprieto, amén de una prima cuarentona con cara de pingüino y una tía octogenaria con cara de perrita pekinesa. La fealdad era una referencia irrelevante, puesto que la familia tenía maravillosos valores espirituales. Bueno, ahora oigamos los gritos (diferentes gradaciones, música nueva... quizás) tras descubrir al señor muerto, tendido en la alfombra de su recámara. Así los llantos, ¡por supuesto! La exagerada largueza de aquellos alaridos se escuchó en la casa contigua. Deducción: la muerte, lo irremediable, o algo parecido. Había que comprobar si..., pregunta audaz... En efecto, lo intuido, aunque no con precisión. En vez de la tía octogenaria el que se murió fue el señor mantenedor. Y he aquí el detalle llamativo: una hija de la familia bonita cumplía años ese día, veintitrés o veinticuatro, por ahí.

¿Hacer fiesta, en consecuencia? Se sometió a votación. El odio o la necesidad de molestar tenían una manera burda de subir verticalmente, justo ahora. Aprovechar, liberar, darle aire a lo perverso; es que la saña en lo más alto se expandía: que los de al lado sufrieran mientras que ellos gozaban. Cinco votos contra dos.

Fiesta sonora. El sonido a todo volumen. Venganza. Y ya se sabe el motivo: las respuestas corrientísimas (aquella vez) de la señora que antes vistió de morado, ¿se recuerda? Los dos entes que estuvieron en contra abogaban por el respeto. Otra fecha para el alboroto, pero ¡niguas! Siempre a la oportunidad la pintan calva y... adrede... la perturba (jajajajá). Con esto volvamos a donde estábamos.